



conquistaron someterlas de veras, y en las provincias del Este era insignificante el elemento árabe fuera de las ciudades grandes. A medida que se avanzaba hacia el Este predominaba la raza turca, de la cual descienden los turcos de Europa, y hacia el Sudeste dominaban por su número los indo-germanos no persas. En toda la vasta región situada entre el Oxo y el Yaxartes, y que comprende la Bactriana de la antigüedad y el Afganistan actual, se habían establecido desde antiguo tribus indias, iranesas y otras procedentes del Norte, de raza turca, tártara ó mogola, que como los pueblos conocidos de esta raza invadieron ya en tiempo del antiguo imperio persa, del macedonio y del persa medio, desde las regiones frías cuyo centro forman los montes Altai y desde los desiertos de aquella parte del Asia, los territorios del antiguo Iran, influyendo poderosamente en sus destinos. En tiempo de los arsácidas estas tribus penetraron por el valle de Cabul hasta la India y hasta la frontera del reino de Kirman, siendo muy posible que pertenecieran á estas tribus los dueños de Cabul, que los autores musulmanes llaman turcos y que tanto dieron que hacer á los ejércitos mahometanos. Turcos eran los pueblos que con su caballería se apoderaron en el año 560 de nuestra era de la Transoxania, entonces en poder de los heftalitas, pueblo también del Norte y antes de los turcos muy poderoso. Estos últimos formaron en la Transoxania un grande imperio gobernado por un khan ó jakan (rey de reyes). Este imperio comprendía una parte considerable del territorio habitado desde antiguo por la raza iranesa, que dominaba en tiempo de los aqueménidas hasta el khanato de Khiva, cerca del lago Aral, de lo que se infiere que los habitantes, por lo menos los sedentarios de la Bactriana, de la Transoxania y del oasis de Khwarism eran iraneses, y hoy mismo la población en las ciudades de la Transoxania es en su mayoría de raza persa, no obstante que los mogoles y los tártaros asolaron durante siglos toda el Asia central y que los turcos usbeques dominaron toda la Transoxania también bastante tiempo. Es de suponer que el gran khan de aquellos pueblos turcos dejó, como dejaron después los mahometanos á las diferentes comarcas, cierta autonomía administrativa; pero de todos modos debía ser de origen turco una parte no pequeña de la población, pues que turcas eran en su mayoría las grandes masas de esclavos y después de soldados que de aquel país fueron conducidos á Bagdad (1). Al Mediodía de estos turcos del Nordeste y al lado de los llamados turcos de Cabul habitaban tribus que tampoco pertenecían al grupo persa; los pactios de la antigüedad, que hoy se llaman puschtus, límites de la India; los habitantes montaraces de Gor, país fragoso al Sudeste de Herat, de los cuales y de los puschtus se ha formado, con agregación posterior de mogoles, el pueblo afgan. En el Sudeste vivían además indios que en época anterior habían dominado en el Cabul, desde donde habían introducido la religión budhista en la Persia oriental. Todos estos elementos extranjeros eran obstáculos que impedían ó dificultaban el desenvolvimiento político y religioso de la nacionalidad persa. Los turcos asiáticos, en cuanto empezaron á pensar en cosas de religión, se inclinaron

(1) Erróneamente he dicho en la primera parte de esta obra que Afschin, originario de Oschrusana, era turco, siendo sin ningún género de duda vástago de una antigua familia iranesa. Según Beruni, erudito mahometano natural de Khiva, que vivió en el siglo V de la éjira (el XI de nuestra era), era también de raza iranesa la antigua familia soberana de su país que conservó bajo el dominio árabe una gran parte de sus atributos de gobierno; y como la palabra de *ihshid*, título de los soberanos turcos de Fergana, resulta ser de origen iranes, es de suponer que reinaba también en Fergana sobre los habitantes indígenas una dinastía iranesa.

conforme á su inteligencia perezosa (2) á la religión sunnita con su dogma ortodoxo que dispensa de toda cavilación religiosa, muy diferente del siismo, cargado de argucias y alegorías sutiles, y lo mismo hicieron después los afganes á su tiempo, que á fines del siglo II de la éjira (el octavo de nuestra era) eran todavía paganos ó budhistas.

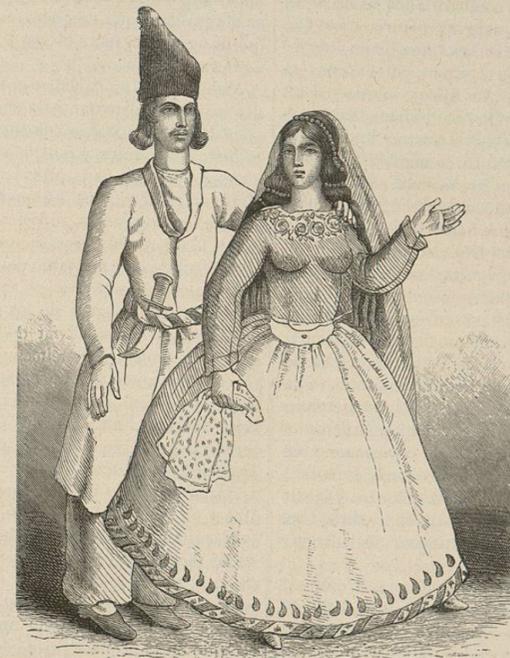
Verdad es que en aquella época no se habían exacerbado todavía los antagonismos nacionales entre persas y árabes, ni los religiosos entre el mahometismo ortodoxo y el siismo, y así el que hubiera emprendido la tarea de emancipar á la nación persa del califato de los abasidas, que á pesar de su decadencia disponía todavía de fuerzas respetables, habría tropezado con grandes dificultades en el Este y Oeste del imperio persa. Por esto vemos que las primeras tentativas para hacer á la Persia independiente, fueron efecto de ambiciones personales mientras continuó el antagonismo religioso en su estado latente.

En la primera parte de esta obra hemos referido la historia de la tentativa de Tahir, gobernador de las provincias orientales, para hacerse independiente de El-Mamun, y que á pesar del mal éxito de su empresa y de la súbita muerte de Tahir, no se atrevió el califa á quitar á sus hijos, Talja y Abdallah, el gobierno del país. Estos dos no habían heredado el genio rebelde de su padre, de suerte que la posición independiente que disfrutaron no condujo por mucho tiempo á ningún conflicto con el califa. Por el contrario, mientras Abdallah libró como general del califa Mamun batallas á los enemigos de éste en la Mesopotamia y el Egipto, su hermano Talja administró las provincias de su mando en nombre del califa con toda regularidad, aun sin recibir órdenes directas de Bagdad desde el año 207 hasta 213 de la éjira (822-828). Tenía su residencia en Nischapur desde donde gobernó el Corasan con los territorios limítrofes y ejerció la autoridad del soberano sobre el Tabaristan y la dilatada Transoxania, cuyas diferentes provincias estaban confiadas á los hijos de Asad, hijo de Saman, que descendían de una antigua y distinguida familia persa. Estos hijos de Asad y sus descendientes figuran en la historia con el nombre de samanidas por su abuelo Saman. Eran protegidos del califa Mamun, que cuando del Oriente pasó á Bagdad había expresado el deseo de verlos colocados como sub-gobernadores de las provincias de la Transoxania, y así se había hecho en el año 204 (819-820). Los samanidas conservaron sus puestos bajo el gobierno de los tahiritas, siendo el más importante é influyente el gobierno de Samarcanda, que había tocado primero á Nuh I Ibn Asad, pasando á su muerte á su hermano Ahmed I y después al hijo de éste, Nasr I. El gobierno de la citada provincia quedó, pues, en la misma familia, como quedó la lugartenencia de todo el Este en la de Tahir. Ambas dinastías prefirieron constantemente el fomento de la prosperidad material é intelectual de los territorios sometidos á su mando, á las glorias militares, y bajo su gobierno benéfico aquellos países dejaron de ser víctimas de codiciosos lugartenientes árabes. Eran sus respectivos dominios demasiado dilatados para que pudieran defenderse victoriosamente con sus propios recursos contra sus enemigos exteriores, mientras no lo eran tanto que no hubiesen permitido gobernar desde un punto céntrico todas sus partes con la debida solicitud y eficacia. Gracias á estas circunstancias disfrutó la Persia oriental, y mas todavía la Transoxania durante largos períodos, con las interrupciones inevitables en Oriente, los beneficios del orden y de la paz, á cuya sombra prosperaron sus habitantes.

(2) Es una excepción notable la de Alfarabi, el mayor filósofo oriental de la Edad media, el cual era de raza turca.

Ya hemos dicho que los hijos de Tahir, Abdallah, general eminente y poeta notable, y su hermano Talja se mantuvieron constantemente fieles al califa. Murió Talja, y su hijo Alí ocupó interinamente su puesto, pero pereció á manos de sublevados. Recibidas ambas noticias por El Mamun en el año 213 (828-829), nombró lugarteniente en aquella región á Abdallah, ocupado entonces en organizar un ejército contra Babek. Partió Abdallah para su nuevo destino, restableció rápidamente el orden y gobernó los territorios sometidos á su mando con su lealtad acrisolada durante el reinado de Mamun y de su sucesor Motasim, hasta su muerte, que ocurrió el 26 de noviembre de 844 (11 de Rabí I 230). El descendiente de Alí, Mohammed Ibn Kasim, había

organizado en el año 219 (834) en Talekan, lugar cerca del Corasan, una sublevación, que fué sofocada, siendo hecho prisionero su instigador y enviado por Abdallah á Bagdad; y cuando se sublevó el ispedeh del Tabaristan á instigación de Afschin, Abdallah defendió también los derechos del califa, si bien el culpable estaba además bajo la jurisdicción de Abdallah. Esta conducta era muy correcta y plausible mientras que el poder del califa imponía respeto y podía acudir al auxilio de sus subordinados, pero cuando desde la muerte de Motasim se fué haciendo patente la decadencia de los abasidas y creció la insolencia de los pretorianos turcos, habría sido mas acertado para Abdallah y sus sucesores circunscribirse al mantenimiento del orden en las



Habitantes de ambos sexos de Chiraz

provincias orientales y abandonar á su suerte el califato, con el cual los tahiritas, como dueños de la Persia oriental, no tenían intereses comunes. Para esta política práctica y modesta eran los tahiritas demasiado soberbios, querían dirigir la nave del inmenso imperio, conservando la parte oriental y restablecer el orden en el Irak; pero sus fuerzas no llegaban á tanto. Abdallah solía decir: «Procura ser rico y no te faltará fama póstuma,» y así había obrado. Había construido en Bagdad un palacio para sí y los suyos, que con sus dependencias formaba como una pequeña ciudad y eclipsaba en fastuosidad los palacios de todos los demás grandes del imperio; se rodeaba de poetas y eruditos, y su munificencia era hasta para sus coetáneos extraordinaria; pero en cambio descuidó algo la fuerza militar de sus provincias. Confiaba demasiado en su poderío, que en efecto era colosal, porque cuando murió en el año 230 (844) las repetidas concesiones de los califas le habían hecho dueño como feudatario de las provincias propiamente orientales, además del Kerman, de la Media; y gobernaba también nominalmente hasta el Irak, tan maltratado por los califas y sus turcos, con el título de

generalísimo del imperio y de gobernador de Bagdad. Sucedió en todos estos cargos y dignidades su hijo Tahir II, que gobernó desde el año 230 hasta 248 (844-862). Fué confirmado como de costumbre sin la menor dificultad por el califa, pero no tardó en echarse de ver que era imposible gobernar simultáneamente en Nischapur (1) y en Bagdad, y Mutawakil se vió precisado en el año 237 (851) á conceder la lugartenencia del Irak y el cargo de gobernador de Bagdad á Mohammed Ibn Abdallah, hermano de Tahir II, el cual á instancias del califa se estableció permanentemente en Bagdad. Mas habría valido á los dos hermanos renunciar de una vez á los dos cargos y concentrar toda su atención y sus fuerzas reunidas en sus dominios del Este, de lo cual habrían debido convencerse en aquel mismo año de 237 (851-852).

Antes de partir Mohammed Ibn Abdallah para Bagdad, se había levantado una facción en el Sedyestan, provincia situada al Sudeste del Corasan é incorporada al imperio

(1) En la primera parte he dicho equivocadamente Merw.